

amarga ponzoña esos labios que debieran destilar las dulzuras de la caridad y de la compasion. ¡ Cuantos sacerdotes hay asperos, secos, de un corazon duro, llenos de orgullo tiranizados por las pasiones mundanas. Los meros seculares nos compadecen mas veces que nosotros mismos, y vense entre ellos, ejemplos de generosidad y ternura que no presentan los sacerdotes. *Las fieras mas feroces, dice el profeta (Jerem., Tren. 4), dan de mamar á sus hijuelos, mas la hija de mi pueblo se ha vuelto cruel como el avestruz del desierto.*

CAPITULO XI.

DEL ZELO ECLESIASTICO.

ARTÍCULO I.

¿ Qué es el zelo?

La caridad engendra el zelo, y la definicion de este es un desco ardiente de realizar la gloria de Dios y la salvacion de las almas, de modo que el zelo es lo mismo que la caridad, ó, cuando menos, el efecto principal de esta. *Quis est zelus, dice san Bernardo, nisi intima quedam stimulatio charitatis pie nos sollicitantis æmulari fraternam salutem, æmulari decorem domus Domini, incrementa lucrorum ejus, incrementa frugum justitiæ ejus, laudem et gloriam nominis ejus?* Y como no puede haber fuego sin calor, asi no puede haber caridad

sin zelo. Pero la caridad es un precepto, un gran precepto, *mandatum magnum in lege*, luego tambien es un precepto el zelo.

ART. II.

El zelo es una virtud característica de los sacerdotes, y sobretodo de los pastores.

Calidad distintiva y característica del sacerdocio es en efecto el zelo, y en ella estriba el fin entero del sagrado ministerio. Nuestro Señor, que lo instituyó, demostró en su mision, como tambien en la de los apóstoles, que no tenia mas objeto que el restablecer la gloria de su eterno Padre, tan oscurecida en el mundo; y, al mismo tiempo, operar la salvacion de los hombres. Y siendo este el único objeto del zelo, siguese que este forma el solo fin del sacerdocio de Jesucristo. Para separar del pueblo á los que al altar destina, se debiera intimar el grito de Matatias (Macab., lib. 1, 2, 27): *Qui zelum habet legis, statuens testamentum, exeat post me.* Dios aseguró á Finees y á su descendencia el pacto sempiterno del sacerdocio, porque mostró un gran zelo. *Quia zelatus est pro Deo suo (Numer., c. 25, 15).*

El zelo en los pastores no solamente es un precepto de caridad sino un deber de justicia, pues así lo exige su estado, y la recompensa que de él deriva. Se ha dicho con razon del cura párroco que nunca se salva solo, pues una de dos cosas: ó tiene zelo por la salvacion de las almas, y se salva entonces con muchos que le siguen ó preceden á la gloria; ó carece de zelo, y se condena con muchos que dejó perecer y á causa de los cuales perece él mismo. El buen pastor da su propia vida por la

de sus ovejas, ni puede descuidar su salvacion sin esponer la suya. Reo eres de su muerte, y cuenta me darás de sus almas, así amenaza el Señor por boca del profeta (Ezech., c. 3). Aun cuando haya procurado el sacerdote evitar el pecado y seguir la virtud, si no buscó la salvacion del prójimo, lo mirará Dios como un impío. Un pastor sin zelo es un pastor nulo, y, hasta los mismos ángeles nada son sin esta virtud, como observa san Ambrosio : *Angeli quoque sine zelo nihil sunt, et substantiæ suæ amittunt prerogativam, nisi eam zeli ardore sustentent* (Ambros., in *Psalm.* 118). Y, en efecto, el corazón de los ángeles se halla siempre inflamado de luminoso zelo por la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

ART. III.

Del zelo por la propia salvacion.

Lo primero de todo debe ser esforzarse por la propia salvacion, pues es difícil concebir que se puede tener zelo por la salvacion ajena y descuidar la propia. *Qui sibi nequam est, cui alii bonus erit?* Un eclesiástico que no trabaja con fervor para salvarse á sí mismo, incapaz será de trabajar para salvar á los demas, pues carecerá de luces y unción necesaria para mover los corazones. Pero, aun cuando una diócesis entera hubiera convertido, si pierde su alma, debe contar por nada todo lo que por los demas hubiere hecho, que redundaria en mayor confusion suya.

El zelo de los demas, si se le puede dar este nombre, perjudica á menudo al zelo que por sí mismos debieran tener. Hay, en efecto, eclesiásticos que se aplican á pre-

dicar, á confesar, á corregir, á adornar las Iglesias, mas en sí mismos piensan poco, y poco se ocupan de su salvacion. A todos son útiles menos á sí mismos, y tanto se afanan por contentar á los demas, que llegará un dia que muy descontentos quedarán de sí mismos. El mismo apóstol de las naciones temia perderse en medio de tantas fatigas por salvar á los otros, y, sin embargo, el que dia y noche se esforzaba en la salvacion de los infieles, hacia continuos esfuerzos para salvarse á sí mismo : *Castigo mi cuerpo y lo reduzco á la servidumbre, para que no suceda que despues de haber predicado á los demas, llegue á ser yo mismo reprobado* (*Corint.*, 9, 27). ¿ De qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma ?

El mismo Dios, aunque nos ha elegido por ministros suyos y cooperadores de la salvacion de los pueblos, quiere que busquemos sobre todo la nuestra. La salvacion de los sacerdotes le es especialmente agradable, tanto por la gloria y servicios que de ella deriva, cuanto por no ver sin fruto la gracia y dones escelentes que distinguen su ministerio. Si no buscamos el bien de nuestra alma, de nada servirá á los ojos de Dios todos nuestros esfuerzos para que ganen los demas el cielo. El sabio lo es principalmente para lo que concierne á su alma (*Ecclésiast.*, c. 37)

ART. IV.

Dificultad de salvarse en el estado eclesiástico.

La consideracion de la dificultad de salvarnos en nuestro estado debe aumentar nuestro zelo, pues no hay condicion alguna en que sea mas difícil lograr el cielo

que en la de los sacerdotes, que deben no solo ganarlo ellos mismos, sino hacer que tambien lo ganen los demas, y esta verdad es poco conocida. Error es la opinion de algunos fieles que creen que los sacerdotes con mas facilidad llegan al cielo que los seculares, y tal es el origen del ahinco con que muchas madres se esfuerzan en que abracen sus hijos el estado eclesiástico. ¡O pobrecitas, cuanto se engañan! Tal vez mientras que ellas irán á gozar de la eterna bienaventuranza, irán sus hijos á sufrir eternamente con los demonios, cabalmente á causa del estado sacerdotal que abrazaron. Mas mayor error, mayor preocupacion es la nuestra, hermanos mios, que vivimos en una deplorable negligencia de nuestra salvacion.

Esta es tanto mas dificil cuanto mayores son los deberes de un estado, pudiéndose decir con el apóstol, que donde hay leyes y deberes, abundan los delitos: *Lex autem subintravit, ut abundaret delictum* (Roman., 5, 20). ¿ Quien no se amedrentará al considerar la responsabilidad de un ministerio formidable á los mismos ángeles del cielo? ¿ Hay estado que tenga mayor responsabilidad y obligaciones mas graves que el sacerdocio?

El primer deber de nuestro estado es el ser perfectos, ó, á lo menos, aspirar sin cesar á la perfeccion, y ¿ qué medio hay de sostener sin esta base el peso del sacerdocio? Así, para ganar el cielo, un sacerdote debiera ser santo. No hay término medio, como parece ser para los demas fieles. En la economia espiritual de los eclesiásticos no cabe la mediania. Si no se propone y no se esfuerza en ser santo, se perderá el sacerdote bajo el formidable peso de la misma santidad del sacerdocio, de la misma manera que se desmorona un edificio que es-

triba en débiles fundamentos, ó como se arruina un negociante que emprende grandes empresas sin un capital correspondiente.

Mas ¿ cuantos son los sacerdotes de una virtud eminente y proporcionada á la sublimidad del ministerio que ejercen? Prescindiendo de la multitud de eclesiásticos corrompidos y viciosos que, sin un milagro de la gracia divina, no pueden entrar en la via del cielo, el mayor número de los demas se compone de sacerdotes tibios y apáticos, divididos entre Dios y el mundo, llenos de defectos, dominados de pasiones, que solo de nombre conocen la virtud, sin esforzarse en adquirirla, sin idea del ministerio que ejercen, y distantes de la santidad que exige. ¿ Cómo podremos creer que estos tales se salven facilmente? Mas adelante se responderá á esta pregunta, al hablar del peligro de la tibieza.

Los demas deberes del santo ministerio, que podrian ser otros tantos medios de santificacion, se vuelven otros tantos escollos de perdicion, si no los sostiene una verdadera virtud y un zelo ardiente por la propia salvacion.

Por deber ó conveniencia debemos celebrar todos los dias el sacrificio divino. Mas para efectuarlo dignamente, ¿ cuanta pureza se requiere, cuantas disposiciones son necesarias! Así, si no está en diligencia continua el espíritu, si nos deslizamos por poco que sea, nos esponemos al mas espantoso de los sacrilegios, y acumulamos en nuestra cabeza la profanacion de la sangre de Jesucristo. Obligacion tenemos, de cumplir con el oficio divino, y con muchas otras oraciones públicas y privadas, pues un sacerdote debe ser hombre de oracion; mas si la apatia y tibieza nos vuelven pesados estos deberes, no tardaremos en ejecutarlos mal y de prisa; si continua fal-

tando el fervor y el espíritu, no tardaremos en prescindir de ellos completamente, y, ¿qué resultará de todo esto? Que todos los días se aumentarán nuestras deudas, que cada día nos acercaremos más del precipicio del enduramiento y abandono de Dios. Obligación nos cabe de desprendernos de las cosas perecederas y de huir el mundo. Pero debiendo vivir en él, se halla el sacerdote en una tentación continua de participar á sus máximas é intereses; se lisonjea de poder acudir á Dios y al mundo á la vez; comienza á interesarse por la familia; no tiene escrúpulo en practicar ciertos tráficós y arterías; no cree que haga mal en asociarse con seculares, y concurrir á las diversiones; pero si no vuelve en sí, si no comprende el atoladero á que se precipita, no tardará el desgraciado sacerdote en ser devorado por el abismo del mundo, como harto á menudo lo muestra la experiencia. No lo dudemos: si abandonamos el estudio y la oración, perdemos el espíritu y la piedad, y no tardaremos en inficionarnos de un espíritu mundano tan funesto como incompatible con el ministerio sacerdotal y con el servicio de Jesucristo, pues nuestro deber es afanarnos con solicitud por la Iglesia, buscar y defender con zelo el amor de Dios y la salvación de las almas, principalmente si somos curas párrocos, en cuyo caso deber estrecho nos cabe de velar, corregir, instruir, asistir á los enfermos, disipar escándalos, en una palabra, dar la vida por nuestras ovejas, que penden á nuestro cuello, como dice el beato Liguori. Esta sola idea debe hacer temblar y hacer concebir los mayores temores sobre la dificultad de salvarse en un estado que tanta virtud y abnegación exige. Un sacerdote no se salva si no suda y se fatiga en la viña del Señor. Un párroco se pierde si no cumple con zelo sus

deberes pastorales. Y, para todo esto, son incesantemente necesarias la violencia, la fatiga, la solicitud, la abnegación de sí mismo. Mayores deberes nos caben, pero al mismo tiempo mayores peligros, á causa de los mayores medios que disponemos, esto es, de los sagrados estudios, de la palabra divina, de los ejercicios de religión, de las luces espirituales en que continuamente vivimos. Si, como infelizmente harto á menudo acontece, no correspondemos á todas estas gracias especiales y preciosas, con acrecentamiento continuo de perfección, se vuelven otros tantos estímulos de muerte y motivos de reprobación, pues, en nuestro estado, hay necesidad de avanzar ó de retroceder á pasos agigantados, no cabiendo término medio. El abuso de las gracias es uno de los mayores peligros del sacerdocio, y causa de la perdición de tantos eclesiásticos. Si no se mantiene el fervor, llega pronto la indiferencia por las cosas santas que continuamente manejamos, el fruto que se retira es insuficiente, y pronto llega la profanación; así puede decirse del ministerio sacerdotal lo que profirió del Redentor el profeta Simeon: *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum*. Ministerio de grandes luces y de gracias particulares es el sacerdotal, y gran medio de salvación y resurrección para los que dignamente lo ejercen; mas también es ministerio de solemnes deberes, y origen de la ruina de muchos que no se mantienen en el espíritu y actitud necesaria para conformarse á su celestial origen. Así, penetrados deberíamos estar, que, para salvarse, un sacerdote debe ser santo, pues no hay salvación en nuestro estado sin cumplir grandes deberes, y no es posible este cumplimiento sin gran virtud. En los tiempos del fervor primitivo, recomendaba san Pablo á los

fieles (*Philipp.*, c. 2, 12) que obrasen con temor y temblor su salvacion, temiendo el mismo apóstol por la suya en medio de las admirables obras de su apostolado (*1 Corint.*, c. 9, 27); temamos tambien nosotros que rodean tantas dificultades, y que pensamos menos en nuestro fin que tantos seculares. Y este olvido de nuestra parte, esta falta de pensar, constituye un obstáculo inmenso para la salvacion.

ART. V.

Del zelo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Obligacion estrecha cabe al sacerdote del Altísimo de consagrarse enteramente á la gloria de Dios, y estar siempre presto á arrostrarlo todo para operar la salvacion de las almas. Lleno de esta idea vuela por todas partes en que puede hacer el bien é impedir el mal. Allí donde oye discursos impios, allí donde presencia escándalos de irreligion y de incontinencia, allí donde observa la violacion de los santos lugares, la profanacion del dia del Señor, la perdicion de los pecadores, el peligro de los inocentes, la tentacion de los justos, se levanta animado de un santo zelo para oponerse á estos desórdenes con la discrecion y ruegos, con la exhortacion y consejos, prodigando insinuaciones para estirpar la enemistad, sin ceder á los disgustos que consigo trae el destruir un mal hábito, sin amedrentarse á la vista de los peligros que le amenazan si intenta libertar de la opresion al pobre. A un padre ciego y descuidado le persuade que libre de la ocasion á una hija que peligrá. Si ve á otro padre escandaloso y de mala conducta, se insinúa con él y logra que reforme sus costumbres, y vele sobre su familia. Si

ve á un marido acerbo y feroz, sabe conmoverle el corazon para que se compadezca y abra su seno á su muger perseguida y maltratada. A un hijo protervo y disoluto, lo conduce arrepentido á los pies de un padre anciano y afligido. Apenas oye hablar de un enfermo, que procura visitarlo y ayudarlo con obras y palabras. Apenas llega á saber que hay un pobre afligido, corre á socorrerlo, ó busca quien pueda auxiliarlo. A todos los divinos oficios asiste, y mantiene el decoro necesario. Escucha asiduamente las confesiones, é instruye con la doctrina y predicacion, con la autoridad y el ejemplo. Si no basta por sí mismo, busca colaboradores que le ayuden; si no es suficiente la palabra, recurre á la oracion y limosna; si no puede alcanzar su intento, suple con un santo y vehemente deseo que no es menos grato á los ojos del Señor, y fervorosamente anhela que dilatado sea el reino de Dios, que respetado y celebrado magníficamente sea su culto, que todos los fieles se abrasen y consuman fervorosos en su servicio.

¿ Hay un pecador obstinado? Este es el objeto que mas escita el zelo del santo pastor, que apuntados secretamente tiene todos estos infelices, recomendándolos al Señor, y conservándolos continuamente en su corazon. Explora los momentos y las ocasiones mas favorables, los manda llamar; si no vienen renueva la invitacion, y, si esta no basta, va él mismo en persona, empleando la autoridad, los ruegos, y aun hasta las lágrimas, añadiendo dinero ú otros socorros, segun las circunstancias, sin amohinarse por las respuestas ásperas é insolentes de hombres sin educacion, que quiere sacar del fango contra su propia voluntad, no hesitando en hincarse de rodillas á sus pies, no juzgando indecoroso cualquier me-

dio que á tal fin conduzca. No se apura ni desespera si no ve coronados sus esfuerzos, y no abandona á los pecadores por mas tercios y empedernidos que parezcan, esperando que tarde ó temprano llegarán á convertirse, y que podrá él mismo esclamar con un santo prelado : *Me conceda Dios la gracia de perder la vida, antes que permitir que pueda alguien echarme en cara delante de Dios, que llegó á perderse un alma por descuido mio.* (Vida de monseñor Ruzini, obispo de Bérgamo).

ART. VI.

Del orden y grado del zelo, y particularmente de la adiccion por las iniquidades de los hombres.

El zelo ordenado se ejerce en cuatro grados :

El primero es procurar, con todo ahinco, promover en toda ocasion la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

El segundo es impedir que Dios sea ofendido, y que se pierdan las almas, poniendo fin á los desórdenes, y oponiéndose á las tentaciones y ocasiones del pecado.

El tercero es reparar las ofensas y caidas que no se pudo impedir.

El cuarto es llorar delante del Señor por las ofensas y caidas que no se pudo impedir ni reparar.

¿ Reconocéis, ó sacerdotes, vuestro zelo en estas lineas ? Si no teneis toda la habilidad que requieren los tres primeros grados, ¿ qué podeis alegar para eximiros del cuarto ? Si la predicacion, la correccion, la exhortacion, los consejos, la autoridad, la limosna, si todas estas armas del ministerio sacerdotal repugnan á vuestra flaqueza, ¿ porqué no suplís á lo menos con los gemidos

y lágrimas de la oracion ? ¿ Porqué no os humillais, á menudo, como Jeremias, delante del Señor (Jerem., 9, 1) ? *¿ Quien cambiará mi cabeza en un manantial de agua, y mis ojos en una fuente de lágrimas, para poder llorar noche y dia las ofensas que comete contra mi Dios, un pueblo de adúlteros, y una nacion de prevaricadores ?* Feliz es la Iglesia cuando, en medio de los desórdenes de sus hijos, Dios le conserva algunos de estos *Angeles de paz*, que lloran la ruina de las almas en la amargura de su corazon, pues las lágrimas que nacen de una verdadera caridad, pueden merecer al pecador la gracia de convertirse, y de que lloren ellos mismos su muerte. De este modo lograron los santos las mas prodigiosas conversiones. Un párroco, sobre todo, debiera continuamente deplorar la perdicion de las almas. Ciertos pecadores empedernidos debieran no cesar de derramar lágrimas. Y es de desear que la caridad de los curas párrocos llegase á merecer lo que dijo Dios á Samuel : *Usquequo tu luges Samuel* (Lib. 1, Reg., 6, 1) ? Tal es el caracter de los sacerdotes, y sobre todo de los párrocos, caracter que nota Ezequiel como el de los eléidos, ó de aquellos que debian escapar á la muerte á que condenados estaban los demas : *Y el Señor me dijo : Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, haz la señal de una Thau en la frente de los hombres que suspiran y sollozan por todas las abominaciones, que en ella se cometen* (Ezech., 9, 4).

Un gran prelado de nuestros tiempos ha dado un ejemplo solemne, cuando en ocasion de un hurto sacrilego de la santa hostia, mandó preces públicas de espacion, y dijo en su pastoral las siguientes palabras : « Triste « se halla nuestra alma, y sumergido nuestro corazon en

« el mas amargo dolor, pues hay desgracias cuya carga no podemos sobrellevar solos, y que nos obligan á repartirla con vosotros, ó amadisimos hermanos; y « hay tales atentados, tales desórdenes, que en ellos « creeríamos participar en cierto modo, si no pudiendo « suficientemente precaver sus excesos, ni debidamente « reparar el daño, no mandásemos á lo menos lamentables gritos, aun cuando impotentes; y, si con la frente « humillada en el polvo, no diésemos á lo menos señal « del horror que nos oprime, y del quebranto que nos « doblega. »

ART. VII.

Calidades del verdadero zelo.

Así como no hay caridad sin zelo, no hay zelo sin caridad, y esta es la primera virtud, sin la cual las demas no existen. No es el zelo de la nueva ley como el de Finées ó Elías en la antigua, sino como el de Jesucristo, que prohíbe llamar fuego del cielo, y reprinde á los dos discípulos que parecían transportados de un zelo ardiente, diciéndoles: *Nescitis cujus spiritus estis* (Luc., 9, 55). No somos hijos del trueno, sino ministros de la misericordia. Nuestro zelo debe ser caritativo, esto es, humilde, benigno, paciente, pues tales son los caracteres de la caridad; y al mismo tiempo, discreto, moderado y prudente, pues la caridad no obra fuera de propósito: *Non agit perperam* (1 Corint., 13, 4). Digno de alabanza es un zelo lleno de fortaleza, mas esta fortaleza consiste en la paciencia, la cual, anhelosa siempre de la salvacion de las almas y de la gloria de Dios, no se deja abatir por

la ingratitud de los hombres, ni por las persecuciones del mundo, ni por todos los quehaceres afanosos del ministerio. A la verdad, un zelo discreto y prudente amenaza y castiga en caso de necesidad, pero siempre con caridad, pero siempre con dulzura, pues la dulzura tiene mas efecto que la fuerza: *Sive clames, dilectione clames; sive emendes, dilectione emendes* (August). Mas que la dominacion, gana la insinuacion las almas á Jesucristo. En una palabra, el zelo no es verdadero sino cuando en lo que dice ó en lo que hace, en nada queda ofendida la caridad, pues el verdadero zelo no debe ser el guia sino el ministro de esta virtud.

ART. VIII.

Del falso zelo.

Hay seguramente un falso zelo que se oculta bajo el colorido del bueno, como el mercenario bajo la apariencia del buen pastor. Este zelo es en el fondo pasion disfrazada, y sigue los fines secretos de las pasiones. Así, al declamar contra el pecado, no le mueve tanto el odio á este como su animosidad contra el pecador, que desprecia ú odia, en vez de sentir la compasion que experimenta el verdadero zelo, desahogando su saña ó venganza bajo el pretexto de zelar la gloria de Dios, y obrando el humor ardiente y la actividad natural de preferencia á la caridad; y por este motivo habla el falso zelante con aspereza y encono, y se muestra altivo é impetuoso, á menos que, por un exceso contrario y no menos vituperable, caiga en una baja condescendencia, buscando y cultivando el obsequio humano, bajo el pretexto de cul-